

## DE LAS ALMAS PERDIDAS Y DE LAS ALMAS EN PENA

(La Tradición oral en Bobures)

MICHELLE ASCENCIO

El patio de la comadre Sélfida es generoso, es de tierra y da para un monte, y la comadre siempre se las arregla para tener, al menos, unos platanitos fritos para las visitas. Allí nos fuimos sentando en sillas, en pedazos de madera, en cajas, y las mujeres, Aura, Preperina, Socorro, Elena, fueron llegando para contar cuentos. El círculo se fue ampliando. Los niños, en el suelo, con los ojos muy abiertos, se llenaban la boca, también muy abierta, con los espantos que salían de la memoria de las mujeres: la llorona loca, la mujer del bojote, la barbuda, el hachero... cuentos de espantos, cuentos de aparecidos, cuentos que se cuentan de noche, en los patios o en las puertas de las casas.

Escolástico trajo un tambor para acompañar los relatos, pum, pum, pum sonaba, mientras Olimpiades repartía el ron entre los mayores, y la voz de la narradora nos envolvía a todos en un solo miedo. Pero hay que interrumpir al narrador para azuzarle los recuerdos, sobre todo durante esos silencios en que la memoria parece perder el hilo de la narración. Allí intervienen entonces los presentes: "¿Y qué pasó después?" "¿cómo fue eso?" "eso no es verdad, así no es..." Todas las preguntas están permitidas porque se han roto las barreras con el mundo real y en el mundo de los cuentos y de la fantasía nada es absurdo, todo es posible... sucede cualquier cosa, se ve lo que no se ve. Es entonces cuando las narradoras levantan los brazos y se alzan sobre sus pies para que la llorona, que es "alta", se haga presente..., los brazos se vuelven cuatro para imitar la pelea de las comadres en el balneario...

Más que el contenido del cuento, que casi no se altera, lo que diferencia sus versiones es esa forma-actuada de contarlo: un motivo, un tema, que

siempre vuelve remozado en una manera de ser distinta, según la imaginación de los pueblos. Así, la llorona sale en todos los campos de Venezuela, pero en Bobures es negra... y ocurre, a veces, que el mundo de la imaginación abre una de sus ventanas al mundo del aquí y ahora, y ese personaje terrible, la llorona, se parece a uno que existe... en el muelle del Lago y que vende el pescado tan caro, que es blanco de la burla y de la rabia de las mujeres. Ese negro alto y fuerte que no les da "fiao": el tirano, Tirano Aguirre como lo apostrofa Elena. ¿Entonces? entonces el cuento sirve para decir algo más: critica, aconseja, divierte, enseña, porque además de lo que se narra, entre un cuento y otro, hay comentarios, aclaraciones y discusiones, como esa de las ánimas en pena y las ánimas perdidas... Pero dejemos hablar a la gente de Bobures que, una noche, en el patio de la comadre Sélfida, nos contaron estos cuentos... Elena, famosa por su labia, comienza:

Dicen que los Viernes Santos ven dos comadres de Sacramento peleando en el balneario. Se la mantenían peleando y entonces, ese Viernes Santo, como que se agarraron: una sacó una paila y le dió a la otra en la cabeza con la paila... total que en Semana Santa y que las ven, peleando allí en el balneario, primo hermano ¡con esas pailas!

—¿Tú las has visto?

Yo las vide, chica, una noche, y pegué una semejante carrera...

—¿Y cómo son?

—Yo las vide: una se volvió vaca, bueno, y la otra, un toro... allá en el balneario.

—¿Y qué andabas haciendo tú por ahí?

—Bueno, yo iba por el monte, a hacer algo por la vida, a fritá pescao y eso, pero cuando yo ví esas mujeres peleando, ¡no! ¡paticas pa'qué te tengo, mamita!

Cuenta el del Hachero, le dice Sélfida, y sigue Elena:

Bueno, a mí me dijeron, chica, que ese Hachero, un Jueves Santo como que fue a buscar leña. Partió

a buscar leña. Bueno. El picó y picó hasta donde pudo: entonces el Viernes Santo volvió a ir por las mismas y cuando le pegó un hachazo a un palo, el palo le gimió, bueno, y él no hizo caso; ya después, cuando tal, volvió a echar el hachazo y entonces vino el palo y le botó un poco de sangre, bueno y entonces él tampoco hizo caso. Después vió que se le viene todo el monte encima, toda la montaña se le venía encima, y salió en carrera... pero cuando él salió en carrera, salieron los palos más atrás y lo agarraron. Se murió. Ese fue el Hachero y ese lo sienten los Viernes Santos, echando hachazos.

Y ya Aura ha empezado ese cuento que anda por todos los caminos de Venezuela espantando a quien se le atraviese: el cuento de la Llorona:

Te decía yo ¿no? que el papá mío vió la Llorona loca, miró y que cargaba un tremendísimo muchacho que más grande era el muchacho que ella ¡es grandísimo!

—¿Y cuándo es que sale ella?

—Los Viernes Santos también sale ella.

—¿Y cómo es ella?

—Y que es alta...

—¿Cuando uno la ve qué es lo que tiene que hacer?

—Bueno, reza tres padrenuestros y se acuesta y riega agua bendita; si tiene incienso también quemado, porque esa es capaz de meterse pa'dentro.

—¿Y si se mete?

—Ujum, pueden suceder muchas cosas... uno se puede quedar privado o quizás qué, porque y que es muy fea.

—¿Nadie le ha visto la cara?

—No. Tiene la cara igualita a Andrés, como un zamuro, negra, dicen... ¿no? Es negra y fea como Andrés, el pescador que vende aquí, ese tirano que está aquí, Tirano Aguirre se llama él, ¡la Llorona loca esa!

Una vez salió con un bojote de trapos y llorando con el muchacho en la cabeza. El muchacho

aquí y los pies que le arrastraban: "ay, mi hijo, mi hijo!"... y fue que ella lo mató, lo mató ella misma y ahora lo carga a cuestras. Esa es una cruz que tiene que cargar.

Ella sale de Las Rurales, pasa por la Línea —a clara Celina— y sale con el hijo así porque ella lo mató. Pero la Mujer del Bojote es otra:

La Mujer del Bojote viene con un bojote en la cabeza, de la Chapa para acá, pa'el pueblo, con un bojote, como un bojote de trapos ¿no? y a quien ella (lo) halla, le dice:

—"Ayúdeme a cargar este bojote"

y uno si no es pendejo le dice: "No, siga con su bojote. Vete a viaje que yo no te ayudo a cargar ese bojote. Y sale a viaje, hasta las Cuatro Esquinas va, con su bojote en la cabeza.

—¿Y al que la ayude qué le pasa?

—Ah, qué le va a pasar, pues, que se muere, que se cae muerto, porque lo asombra.

—¿La mujer asusta?

—Ay, cómo no va a asustar. No vé que no es de este mundo, es un ánima en pena que carga un bojote en la cabeza.

—¿Y cómo sabes tú que es un ánima en pena?

—Ojalá te saliera a ti ahorita mismo pa'que vieras lo que es una ánima vagante, que anda ambulante en el mundo, pa'que te fijes! Esa no tiene libertad de bien, ésa está en pena, ambulante en el mundo.

—¿Es como una persona?

—Como una persona.

—¿Y cómo la reconoces tú, pues?

—Ah, y cómo la reconoce usted, ¿No está pidiendo explicaciones?... Ojalá te saliera...

—¿Y cuándo salen esas mujeres?

—Ésas mujeres salen en tiempo de las ánimas... ¿en noviembre? En Semana Santa. La Llorona es que vos la oís llorando: "ay, ay, me se muere mi hijo, me se murió mi hijo, me se murió mi hijo" y tú hallas la mujer llorando con los brazos... si te dejas abrazar, te vas a envainar, porque te mata...

Allí interrumpe Sélvida y dice:

—Hay unas que salen bien, que no asustan, que acompañan a uno, y otras que son malas, que cuando están en pena, sólo asustan.

Y Escolástico, que estaba quietecito tocando el tambor, exclama:

—No, no, no... Un alma cuando está en pena no asusta.

Las mujeres protestan: ¿No asusta? ¿A mí no me han dicho? y Escolástico aclara:

—mirá, el alma que asusta es la que está perdida. Eso no es que está en pena, sino que está perdida. Pena es una cosa y perdida es... una comparación... yo te voy a decir: perdida es que hagas una cosa mal hecha, o sea que tú vendas una hija tuya o me vendas a mí, pues! Tú haces un contrato con el diablo.

—Cómo es ese contrato? pregunta Aura, entre asustada y burlona.

—Tú haces un contrato con el diablo, vamos a decir con Luzbel, porque él no se llama diablo, él tiene el nombre muy bonito: Luzbel! Usted va a una montaña y lo llama, le dice: "yo te voy a vender el alma de Escolástico, pa'yo ponéme en unos reales, porque yo soy una madre de familia y no hallo que hacer y tal y cual". Bueno, entonces yo muero. Muero. Me ven aquí pero yo estoy allá. Esa es el alma perdida. Alma en pena es que tú le ofrezcas una promesa a San Benito, a la Virgen del Carmen, al Santo Entierro, a cualquier santo, y tú te mueras y quedes debiendo esa promesa. Esa es un alma en pena, esa no asusta, esa sale pa'que se las pagues.

—¿Y el alma que entierra dinero? le pregunta un joven.

—Tampoco asusta —responde Escolástico— porque si yo entierro dinero y te lo quiero dar a tí, yo te llamo, vos me ves a mí, entonces yo no te voy a dar miedo. El alma que asusta...

—¡Escolástico! —grita Elena— dame un previo: sabiendo yo que vos te habéis muerto, vos me salís y la carrera que pego es grande!

—Pero mirá, vé, ahí hay un pero —responde— yo no te voy a salir en mi carne, si así fuera ¡todo mundo se asustara!. Vos vas a creer que yo soy otro tipo que te está llamando. El muerto no se parece a cuando uno está vivo.

—Y a quién se parece?

—Vé lo que te voy a contar: allá en los tanques, sale una mujer con tres hijos, y una noche veníamos del matadero Olimpiades Pulgar y yo. Bueno. Yo le digo a papá: "Pia y eso que viene ahí qué es?" "No, eso es la Mujer del Bojote". El me dice la Mujer del Bojote, y yo sigo pa'lante, entonces yo miro así, de reajo, ¡por eso es que es malo! Vos mirás a un muerto de frente y no te da miedo, ¡porque no te da miedo!

—mirálo de espaldas, le replica Sélvida.

—Tampoco. Miralo así de reajo pa'que lo veáis: te camina una cuarta sobre la tierra, y los pies son finiticos. Eso es lo que da miedo, pero si vos lo miráis arriba, a la cara, de frente, no te da miedo... porque el muerto, el alma, no da miedo. ¿No digo? Yo pasé por el costao de ella.

—Pero casi se te espelucó el cuerpo.

—No, contesta Escolástico, bravo. Miedo es una cosa y reserva es otra. Me dio reserva porque cuando la miro de reajo, le veo las paticas así, ¡puro hueso! mire! bueno, yo seguí, yo no le paré bola. Me quité la camisa que llevaba y me la puse al revés y me acosté. Me puse toda la ropa al revés y me acosté.

—¿Y por qué te pusiste la ropa al revés?

—Porque en la imaginación, ahí es que está el miedo. La imaginación es lo que tiene miedo. Ahora, después que usted ve una cosa y se ponga su ropa al revés, no se imagina en nada, ni se acuesta pensando que vió, ni que soñó tampoco...

—Ve lo que te voy a decir —interrumpe Olimpiades—: por aquí por la Candelaria, tú sabes ese camino... tú sabes que ahí asustan. Ahí se oye moliendo, se oye arreando burro... Una noche, eran como la una de la madrugada...

